

—¿Qué me querrá? dijo para sí Bassompierre, ocultándose lo mejor que pudo en la sombra que formaba un ángulo de la habitación.

—Oh, Carlota, Carlota! continuó el rey con el mayor enternecimiento, y en una voz bastante perceptible para que Bassompierre pudiera escucharla; este es el sitio donde por primera vez me he embriagado con el hollido de tu hermosura. Ahora comprendo que si mi frente ha envejecido, mi corazón permanece sensible y ardiente aún... acaso no ha latido nunca como hoy. ¿En dónde estará Carlota?... tal vez en la habitación de las damas de honor.

Y al decir esto, trató de abrir la puerta que comunicaba con la indicada habitación, pero la encontró cerrada.

—Felizmente, murmuró Bassompierre, el honor de esas damas, en la presente ocasión, está bajo llave.

El rey, que nada de lo que pensaba ni decía el mariscal podía saber, continuó en el mismo tono de voz.

—Me siento arrastrado hacia ella por un poder secreto, invencible, y aun creo que sería capaz de cometer todas cuantas locuras me aconseja el delirio de mi pasión... Este es un amor profundo, real, con todos sus tormentos, con sus extravagancias todas... un solo escrúpulo me detiene... ¡Si al menos Bassompierre estuviera aquí; si él quisiera consentir en este proyecto!... ¡Casi estoy seguro de que consentiría!... ¡Oh! me haría un gran servicio.

La repugnancia de Bassompierre, es fácil presumirla, al escuchar la proposición que interiormente pensaba hacerle el rey, valiéndose de sus servicios en contra del viejo amante. Si la estancia no hubiera estado á oscuras, entonces hubiera podido verse su rostro contraído é iracundo, como sin duda debía estarlo también su corazón enamorado.

Pero cuando escuchó las últimas palabras, no titubeó en prestarle aquel gran servicio de que hablara el rey a solas, y tratando de reponerse, como quien nada siente, ni sabe nada, atravesó con ligero paso la estancia, y al pasar junto al rey, que aún permanecía en el mismo sitio:

—Señor! dijo afectando sorpresa.

—Has previsto mi voluntad, Bassompierre, contestó Enrique dándole una amistosa palmada de rey en el hombro. Iba á llamarle, cuando...

—¿Se trata del servicio de V. M.?

—Mas todavía, quiero que tratemos de nuestra amistad.

—¿De qué peligro estaría amenazada?...

—De uno muy grande. Escúchame: estoy cierto de aumentarlo que aplaudirás mi modo de raciocinar.

—Señor... yo aplaudo siempre todas las inspiraciones de vuestro corazón.

—Pues bien, callaos por un momento, señor cortesano.

—Ya escucho á V. M.

—Nosotros somos amigos, ¿no es cierto?... amigos á toda prueba; somos, en fin, unos viejos amigos de guerra...

—Mi mayor gloria consiste en haber merecido vuestro cariño, y...

—Puesto que es así, tu no querrás por ningún concepto, perder nuestra amistad, y esto sucedería, si llegases á conseguir el amor de Carlota; pues aunque ella se hiciera mariscal de Bassompierre, yo no podría conformarme con renunciar á hacerla la corte.

—Señor, dijo Bassompierre con voz ahogada por su oculto despecho; gracias, mil gracias por vuestra franqueza.

—Entre dos compañeros de armas, la franqueza es un deber.

—Señor, confieso sin embargo, que el asalto es algo rudo y la derrota penosísima, pero ¿quién podrá resistir á V. M.?

—Bien, muy bien; mi querido, mi bravo mariscal, exclamó el rey estrechando la mano de Bassompierre; no sabes cuánto aprecio el sacrificio que acabas de hacer; jamás lo olvidaré.

—En verdad, señor, que la hermosa Carlota va á encontrarse mal; os lo digo sin vanidad, le quitais su mejor y mas celoso adorador.

—Pero la reina ha descubierto sus secretos amores con Enrique de Condé, mi sobrino, y acaba de someter un proyecto de matrimonio á mi aprobación... Yo he consentido, firmando el permiso, y dentro de algunos dias, acaso será celebrado el casamiento en nuestra capilla del Louvre.

—En ese caso toco definitivamente en retirada, aunque yo comprendo por qué...

—¿Por que te prefiero al príncipe de Condé? Esto es claro... yo no tengo con él los mismos escrúpulos que hacia tí, y conservándole á mi lado, podré ver á la hermosa Carlota de tiempo en tiempo.

—Desgraciado Condé, murmuró por lo bajo y con irónica sonrisa el mariscal; buena será la segunda parte de tu luna de miel.

—¿Qué es lo que decís?

—Decía, señor, que debisteis haber trabajado muy bien por vuestra cuenta...

—Vamos, vamos, respondió el rey con alegre tono; buenas noches... y no te disgustes por este contratiempo...

—Por mi parte, aseguro á V. M. que estoy completamente curado del deseo de casarme.

Y así diciendo, saludó al rey, y con paso resuelto abandonó la real cámara.

El rey exclamaba entre tanto para sus adentros:

—¡Oh! mi bravo Bassompierre, eres un modelo de fidelidad; casi me hubiera sido imposible engañarte.

A muy poco rato, cuando Enrique IV se hallaba mas entregado á sus reflexiones, apareció la reina cogida del brazo de Carlota de Montmorency.

Al hacer alto en el rey, acercó su boca al oído de la joven y murmuró algunas palabras.

El rey continuaba distraído.

—Escuchad, dijo la reina á Carlota con voz casi imperceptible; para que no se pueda sospechar de nuestros proyectos, esperadme aquí, en tanto voy á hacer todos los preparativos. Así que el rey se haya marchado bajareis por una escalera, á la que conduce esa pequeña puertecita.

—¡Sola, Dios mio!... V. M. me deja sola, exclamó llena de terror la joven.

—¿Teneis miedo, querida mia? preguntóle la reina con cariñoso interés. Desechad, pues, esos infantiles temores, y tened estas llaves que os facilitarán la entrada.

El rey sintió el rumor que aqñbas formaban y se volvió de súbito.

Al ver á la reina y á Carlota juntas se inmutó, y saludándolas cortesmente salió por la puerta principal.

Entonces la reina y la señorita de Montmorency se precipitaron hacia la entrada que comunicaba con la capilla y abrieron cuidadosamente, desapareciendo y cerrando tras sí.

## V.

Tres horas despues, el capellan de honor de Maria de Médicis bendecía la union de Enrique, príncipe de Condé, con Carlota de Montmorency.

La reina habia aprovechado el tiempo todo lo mejor posible.

Un posta mandado oportunamente algunas horas antes á Vitry-sur-Seine, avisó al príncipe para que secretamente se presentase en el Louvre con la brevedad posible.

Esta medida surtió el efecto deseado.

Verificado ya el enlace de Enrique de Condé con Carlota, no habia remedio. El mismo rey, merced á la astucia de Maria de Médicis, habia autorizado este casamiento, legítimo por todos conceptos.

Pero el rey ignoraba hasta qué punto se habia valido su esposa de esta medida, que si bien en nada le contrariaba, verificándose en el plazo que él consideraba prudente, la precipitación de los acontecimientos y las medidas todas que se adoptaran, la imposibilitaban absolutamente para el logro de sus designios.

## VI.

Encaminábase Carlota á la habitación de la reina, y al atravesar un oscuro corredor, hallábase con el rey que la detuvo, tomándola cariñosamente una mano.

Carlota quiso retroceder como espantada.

—No es ya el rey el que teneis ante vos en este momento, hermosa Carlota, dijo el rey con apasionado acento, es Enrique, que abdicando y olvidándose de su poder viene á postrarse ante vos, que os pide un perdon y al mismo tiempo la correspondencia del acendrado amor que le inspirasteis.

Y al decir esto cayó de rodillas á los pies de la joven.

—Señor, ¿qué haceis? exclamó Carlota con sobresalto y algo conmovida.

—¿Lo veis, Carlota?... os suplico de rodillas...

—Es á mí á quien toca suplicaros, por haber atentado un solo momento vuestra pasión, faltando al respeto que debo á la memoria de mi padre... Yo debí haberos desengañado, antes que guardar esta reserva que así me ha comprometido, y...

—¡Oh!... Carlota, Carlota, compadeceos de mí, dejad que os diga que desde que os he visto por primera vez al lado de la reina, he sentido hacia vos una pasión insensata, pero grande, que me arrastraba á pesar mio; desde este momento, olvido las malditas preocupaciones del trono, para no pensar sino en vos...

—Señor, interrumpió con dignidad Carlota, mis antepasados han sido los mas fieles servidores de vuestra corona, y sus descendientes tienen hoy también una sangre real que conservan sin mancha... Carlota Margarita de Montmorency será digna de sus antepasados y de su padre... Si un horror llega á caer sobre su precioso nombre, ese mismo horror empañará el vuestro, y esto es menester evitarlo, aun al precio de vuestra cólera real... Mas dejadme, la reina podrá vernos, y entonces...

El rey se incorporó y mirándola fijamente, dijo:

—¿Esa palidez?... Carlota, ¿qué os pasa?

—No es nada, señor.

—Carlota, no procureis ocultarme lo que presumo; algo se prepara...

—Os juro, señor, que estais completamente equivocado en vuestros temores...

—Prometedme una cosa, Carlota, y os dejaré en paz el resto de vuestra vida.

—Decid, señor.

—Prometedme que dentro de un momento volvereis aquí sola.

—¿Qué me queréis? preguntó la joven vertiendo algunas lágrimas.

—Por San Dionisio, exclamó el rey con audacia y como despertando de la apatía en que estuviera hasta entonces, en materia amorosa es necesario aprovechar las ocasiones, como en tiempo de guerra. Así, pues, pongo mis condiciones. Juradme por el nombre de los Montmorency, que las aceptais, sin tratar de saberlas ahora...

—Pues bien, rey, por el gran nombre de los Montmorency, yo os lo juro.

—Ahora, dijo el rey satisfecho, sois libre, mi querida cautiva.

—Hasta luego, señor.

—¡Oh! la victoria es cierta, pensó el rey; los Montmorency llevan hasta el fanatismo el cumplimiento de su palabra.

## VIAJE A LA CHINA.

## LHA-SSA. HUC Y GABET.

La extraña y curiosa fisonomía del Celeste Imperio, de ese imperio de las flores, nos es algun tanto generalmente conocida por fin, gracias á las numerosas relaciones de via-

jes á la China publicadas en el extranjero recientemente. Los miembros de la mision que marchó de Francia en 1843 á las órdenes de M. Lagrené pagaron grandemente su tributo. Desde 1848, M. Uier llevaba ya publicados dos tomos de su *Diario de viaje*; á los que añadió posteriormente otro tercero. M. Ferriere-Le Vayer decidióse igualmente á publicar sus elegantes impresiones de diplomático y viajero bajo el título de *Una Embajada francesa en China*, sin contar otras obras igualmente curiosas, lo cual no deja de ser una gran suerte, por no vernos ya en la precision de tener que buscar como antes por único recurso libros ingleses para aprender noticias de la China, libros escritos con pérfida inexactitud y parcialidad, sobre los acontecimientos extraordinarios que se cumplen y preparan en aquel ángulo estrecho del Oriente.

Cuando M. de Lagrené, embajador, llegó á China, el momento era favorable para visitar aquel país; los principales puertos ya estaban abiertos al concurso europeo, acabábase de proclamar la libertad del comercio; y no hay nada mas curioso é interesante, como observar el día que sigue una revolucion.

Los señores Uier y Ferriere Le Vayer, han cogido perfectamente todos los rasgos picantes del cuadro que se desplegó ante sus miradas.

El primero ha consagrado un capítulo muy interesante á la descripción de Canton y sus habitantes: Es Canton una de las ciudades mas industriosas de la China; sus talleres y almacenes ofrecen al observador una mina fecunda de observaciones y de comparaciones, de las que, la misma industria europea magüer su incontrastable superioridad puede sacar algun partido. Aun no conocen los chinos el empleo de las máquinas perfeccionadas que economizan el tiempo y las fuerzas del hombre; empero en las obras del trabajo manual despliegan una habilidad, paciencia y actividad, admirables.

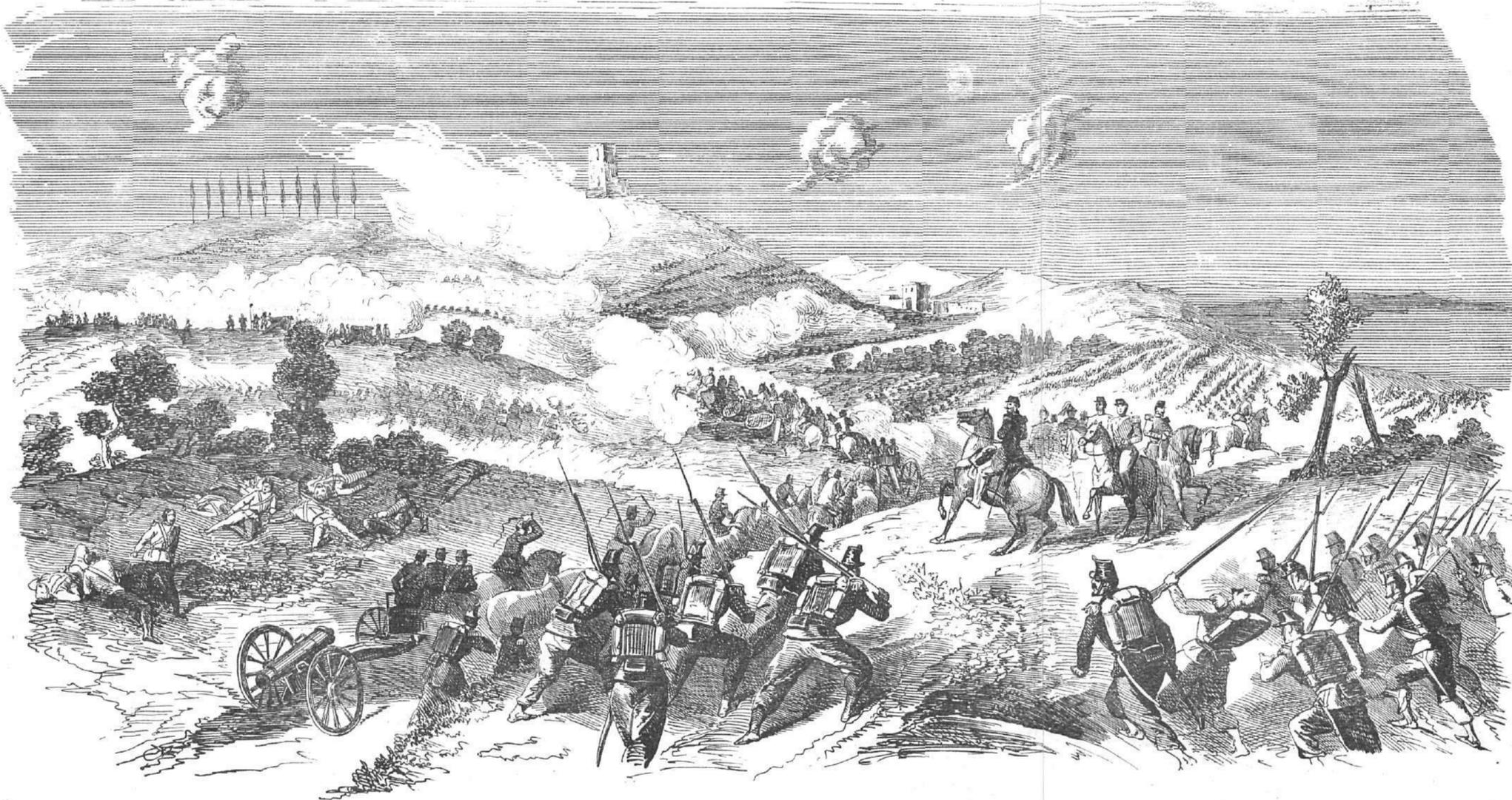
Sigamos al infatigable viajero M. Uier á Cochinchina en 1843, á bordo de la corbeta el *Alcmene*, que allí fué con objeto de reclamar á un obispo francés apisionado por disposición de las autoridades cochinchinas. Interin estipula el comandante sus condiciones con los mandarines, M. Uier explora las riberas de la bahía, alejándose en su paseo hasta el pié de las famosas montañas de mármol situadas á pocas millas de Turana; no es muy fácil pasearse sobre el suelo cochinchino, donde se oponen tantos impedimentos á los extranjeros, por parte de los Argos vigilantes con sus severísimas consignas; sin embargo, consigue el señor Uier tomar al daguerrotipo el fuerte de Non-Nay, por asalto; hé aquí como se expresa:—«Nos dirigimos siguiendo la costa hacia el fuerte de Non-Nay. Grande agitacion notamos en sus cercanías, y no tardamos en conocer que toda la guarnicion trabajaba en cubrir las avenidas para impedirnos el paso, pero no se crea que con sus posiciones, sino con haces de leña y sacas de tierra, espedito algo curioso si se atiende á que aquellos soldados tenían fusiles, de los cuales no hacian uso, y que denota á las claras su timidez: así fué, que nosotros unánimes oplanos por el asalto; y nos lanzamos riendo hacia el fuerte, apartando los hacecillos de leña y los arbustos espinosos acumulados por aquellos soldados, que no hacian mas que prorumpir en gritos de desesperacion, viendo su obra frustrada de ese modo. Desgraciadamente, que el comandante del fuerte tuvo tiempo de barricar la puerta, y parlamentamos inútilmente para que nos abriese.» (tomo 3.º pág. 54.) Digo yo ahora, lectores míos: ¿Cuán hermoso no sería poder visitar todos esos países, con el libro de M. Uier en la mano! Así como verificó en 1842, un viaje á la república del Ecuador por la vía de Cuba, Jamaica, Chagres, istmo de Darien, Panamá, Guayaquil, y los gigantes Andés por el Chimborazo, hasta Quito, pasando por los mismos puntos que recorrieron aquellos famosos náuticos españoles, don Jorge Juan, y don Antonio Ulloa, con su famosa obra abierta, y siendo testigo ocular de lo verídico de aquella narracion: ¡mucho delectaría seguramente, al que traza estos desaliñados renglones, poder emprender ese viaje, y con utilidad para España, ver desenvolverse ante sus ojos, la China, la Cochinchina, las colonias inglesas y francesas, portuguesas, holandesas y españolas; las islas Malayas, y en una palabra, todo el delicioso panorama asiático tan resplandeciente de luz y de flores!...

Lha-Ssa es la capital de *Thibeto*, y residencia del Talé-Lama, soberano político, religioso, y el dios visible de los tibetanos. Esa ciudad del Asia central era muy poco conocida hasta que en 1846, dos misioneros franceses los señores *Huc* y *Gabet*, publicaron una obra sobre su expedicion y estancia en Lha-Ssa. (1) Es un libro interesantísimo lleno de acontecimientos históricos antes desconocidos en Europa, y salpicado de aventuras extraordinarias, todo lo cual lo hace ameno al par que instructivo.

¿Por qué fueron aquellos señores á Lha-Ssa? ¿Con qué objeto emprendieron un viaje que duró 18 meses, durante el cual despues de pasar mil trabajos estuvieron varias veces espuestos á perecer?—Ellos mismos nos van á contestar.

—«La mision francesa de Pekin en otra época tan floreciente bajo los primeros emperadores de la dinastía tártaromanchou, quedó casi destruida á consecuencia de las repetidas persecuciones de Kia-King, quinto emperador de esa familia que subió al trono en 1799. Los misioneros fueron muertos, y los que nó, espulsados. Gran número de cristianos por sustraerse á las persecuciones de las autoridades chinas, traspasaron la gran muralla y fueron á mendigar á los desiertos de la Tartaria un poco de pan y de libertad, viviendo diseminados en algun rincón de tierra debido á la hospitalidad de los mongóles, pueblo nómada que amamos

(1) Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, le Thibet, et la Chine pendant les années 1844, 1845 et 1846; par M. Huc, prêtre missionnaire de la congrégation de Saint Lazare. Paris 1850. 2 vol. in-8.º avec carte Adrien Leclerc, 10 francos.



BATALLA DE SOLFERINO.

después de conocido.—Hacia principios de 1844, llegaron los correos de Si-Wang, pequeño punto de chinos cristianos situado al N. de la gran muralla donde había fijado su residencia el vicario apostólico de la Mongolia. Dicho prelado les enviaba instrucciones sobre el gran viaje que estábamos en vísperas de emprender con el designio de estudiar el carácter y las costumbres tártaras, como de reconocer si fuese posible la extensión y los límites del vicariato. Ese viaje meditado y proyectado tanto tiempo hacía, iba por fin á emprenderse.

En efecto, pusiéronse luego en camino. Su caravana se componía de tres personas, y solo les acompañaba un joven Lama, de raza mongólica que ellos habían convertido. Llevaban consigo dos camellos, un caballo y un mulo, destinados á conducirlos á ellos, sus equipajes y provisiones; una tienda de campaña, algunos de los utensilios mas precisos para la cocina, té, harina, cebada y avena. En esta disposición nos dice M. Huc:—«Hémos lanzados solos y sin guías en medio de un nuevo mundo, y atravesando un país donde jamás había resonado la voz del Evangelio. Estábamos abandonados á nosotros mismos en tierra enemiga, condenados á ventilar solos nuestros asuntos, sin esperanzas de oír nunca en nuestro camino una voz fraternal ó amiga... ¡Pero qué importa! nos sentíamos con energía en nuestros corazones, y marchábamos fortalecidos por aquel que dijo: *Id y enseñad á todas las naciones; pues yo estaré por vosotros hasta la consumación de los siglos.*»

Parece ser que durante los primeros días, los viajeros tenían miedo de todo, no sabían armar su tienda, ni se amañaban á guisar, ni menos á matar alguna caza á propósito para su cocina. Pero una semana les bastó para hacerse aguerridos á la vida nómada. Atravesaron la tierra de Gekheken, y completaron sus preparativos en un pueblo llamado Tolou-Noor (de los siete lagos). Esa ciudad en la que se agitaba una población inmensa, y se hacía un tráfico considerable, es célebre por las magníficas estatuas de fierro y de bronce, que se elaboran en sus grandes fundiciones; y remite á todos los países sometidos al culto de Buddhá, ídolos, vasos, y campanas. Durante su momentánea estancia allí, los señores Huc y Gabet vieron partir para el Thibeto un convoy monstruoso; consistía en una sola estatua de Buddhá, desarmada, y cargada por piezas sobre ochenta y cuatro camellos. Un príncipe del reino de Oudchou-Mourdehin que iba en peregrinación á Lha-Ssa, debía conducirla como ofrenda á Talé-Lama.

Al siguiente día de su salida de Tolou-Noor los misioneros acababan de dejar el sitio donde habían acampado en el desierto, y que según usanza dejaban señalado con una cruzcita, cuando oyeron á sus espaldas piñar caballerías, y un confuso sonido de voces; volvieron la cabeza y apercibieron una numerosa caravana que se les acercaba con paso rápido.—«Muy luego, cuenta M. Huc, fuimos alcanzados por tres gimetes, y uno de ellos, en quien reconocí por el traje, ser un mandarín tártaro, gritando con todas sus fuerzas nos dijo:—

—«Señores Lamas (sacerdotes). ¿Dónde está vuestra patria?»  
—«Somos del cielo de occidente.»  
—«¿Sobre qué país hicisteis proyectar vuestra sombra benéfica?»

—«Venimos de la ciudad de Tolou-Noor.»  
—«¿La paz ha presidido vuestra marcha?»  
—«Hasta aquí hemos llegado con felicidad... ¿Y vosotros estáis también en paz?»  
—«Nosotros somos Khalkas del reino de Mourguevan.»  
—«¿Han sido abundantes las lluvias? ¿Y prosperan vuestros rebaños?»  
—«Todo está en paz en nuestros pastos.»  
—«¿Dónde se dirige vuestra caravana.»  
—«Vamos á doblegar la frente delante de las cinco torres.»

(Se concluirá.)

## UN CASAMIENTO DESGRACIADO.

Nos hallamos en el reino de Nápoles. País de las flores, de las bellas, de la poesía. Jardín encantador donde el aire perfumado por el aroma de los naranjos y limoneros parece exhalar de inmenso ramillete.

Teatro glorioso de nuestras hazanas, en el que resuena el nombre de Gonzalo de Córdoba al par que los de Carignola y Carigliano.

Donde existen las ruinas de la antigua Cápua, cuyas delicias enervaron el valor de las huestes de Anibal.

Verdadero paraíso que desde el fondo del sepulcro de lava en que yacían sepultadas han querido contemplar nue-

vamente dos ciudades célebres levantando la cabeza por entre la tierra que las ocultaba y apartando de su frente el velo del olvido con que los siglos las habían cubierto.

Donde el mar se ilumina por el fuego del Vesubio, hirviendo á veces cual inmensa caldera al sentir el beso candente que entre las olas de un río abrasador le envía desde su cráter.

En el que al penetrar en el golfo de la antigua Partenope y contemplar recostado en la popa de una barquilla el panorama que al viajero se presenta, no puede dejar de esclamarse con un entusiasmo nacido del fondo del alma: *Veder Napoli è poi morire.*

Luego que se ha visto la capital es preciso recorrer las inmediaciones, subir al Vesubio, coger las flores que crecen en las faldas del Apenino, y oír las historias que cuentan los conductores y los aldeanos con toda la sencillez del hombre campesino y toda la animación de un carácter poético y ardiente.

Pasábamos por las inmediaciones de un antiguo castillo.

Mi guía lo señaló con la mano y dijo:—«¿Queréis que os cuente una historia, cuyo desenlace tuvo lugar allí?»

—«Acepto, contesté.»  
—«Entonces no me haré esperar, repuso, y empezó su narración que nosotros ponemos aquí, aun cuando no literalmente.»

Berta y Giuseppe vivían en dos quintas inmediatas, de que eran arrendadores sus respectivos padres; se amaban con delirio y de antemano se había fijado el día de su cu-

samiento para aquel en que se celebra la Ascension del Señor.

Ninguno de los dos había dormido quince noches antes pensando en la felicidad que iban á disfrutar: amaneció por fin tan deseado día y los amantes volaron al encuentro uno de otro con el corazón henchido de placer y adornados con sus mejores trajes.

El matrimonio debía celebrarse en la iglesia del pueblo y partieron para él acompañados de sus parientes y amigos, entre los que iban también algunas lindas jóvenes que envidiaban la felicidad de los amantes.

Concluidos los desposorios emprendieron de nuevo el camino de las quintas donde debía terminarse dichosamente un día empezado bajo tan felices auspicios.

Asolaba entonces el país un bandido llamado Matiossi, de quien se contaban hechos atroces. Nadie podía dar sus señas: tampoco se sabía el pueblo de su naturaleza ni el lugar donde se hallaba de ordinario.

Tan pronto se le veía en un punto como en otro distante diez leguas, desapareciendo luego para volver á presentarse cuando encontraba ocasión de cometer alguna maldad.

Entre los hombres que acompañaban á los recién casados se hallaba un joven de buena figura, pero de mirar torbo y sombrío.

Era pariente de Giuseppe y como tal había sido convidado á la boda.

Su vida misteriosa inspiraba graves recelos á sus convencios. Tenía muy pocos amigos y escotos de malos antecedentes.

Eran frecuentes sus salidas del pueblo donde vivía y duraban á veces meses enteros; pero si alguno sabía la causa de ellas se guardaba muy bien de comunicarla á otro, porque Paoli era terrible y se hubiera vengado cruelmente al ver descubierto su secreto.

Paoli amaba á Berta y varias veces le había declarado su pasión; pero ella le respondió siempre:—«Mi corazón es de Giuseppe.»

En vano apelara á diversos medios para vencer su resistencia.

Berta permaneció inflexible, y ni amenazas ni ruegos la hicieron ser menos rigurosa.

Un día le prometió decirlo todo á Giuseppe si insistía en sus pretensiones y desde entonces Paoli no volvió á dirigirle ninguna frase amorosa.

Berta creyó que su amor había pasado cual un ligero capricho y lo olvidó todo.

Camuflaban los desposados hacia la quinta y Paoli marchaba al lado del novio.

El que hubiera fijado la vista sobre su entrecejo arrugado, sus labios cárdenos y sus dientes apretados, habría conocido que en el

alma de aquel hombre ardía la llama de los mas furiosos celos y que en su cabeza rodaban siniestras ideas.

Cada palabra tierna, cada mirada cariñosa, cada apretón de manos que se dirigían los novios hacia palidecer á Paoli, que llevaba convulsivamente su mano hacia un puñal pendiente de su cintura.

Nada de esto advertían Berta y Giuseppe: absortos en su felicidad creían que todos serían felices con ellos.

Habían recorrido ya una gran parte del camino y el sol iba ocultándose tras de las montañas produciendo largas sombras y haciendo lugar á su rival la noche que se adelantaba envuelta en negro manto.

Tenían que atravesar un espeso monte, donde las matas se elevaban á grande altura.

Cuando penetraron en él ya el sol había desaparecido completamente y la naturaleza enmudecida se entregaba al descanso.

No se oía ya el canto de los pájaros que durante el día poblaban los campos alegrándolos con sus sonidos.

Solo cruzaba los aires el murciélago con su vuelo torboso, y á lo lejos sobre las copas de los árboles daba el molinero su grito lastimero.

Los espesos matorrales que bordeaban el camino estendiéndose á larga distancia, proyectaban sombras siniestras semejanza gigantes ejercitos prontos á lanzarse sobre el viajero.

La fisonomía de Paoli revelaba cierta ansiedad y en su gesto se notaba algo de diabólico.

Berta lo miró y tuvo miedo. Instintivamente se acercó á su esposo y le tomó la mano.

Este creyó que era una señal de cariño; pero el terror impreso en su rostro le hizo ver que otra era la causa de su movimiento.

—«¿Qué tienes, ángel mio, le preguntó?»  
—«No es nada, Jose, dijo ella, un ligero susto.»

La comitiva marchaba silenciosamente desde que entraron en el matorral.

Habían creído pasarlo de día y la noche que les sorprendiera en él les inspiraba serios temores.

Aquel sitio y la idea de los bandidos que infestaban el país los alarmaba hasta el punto de quitarles la alegría que hasta entonces tuvieran.

El camino formaba un recodo y la vista mas escrutadora nada podía descubrir en aquel muro de arbustos que á cierta distancia parecía cerrar el paso.

Al llegar á aquel sitio los mas valientes palidieron. Diez hombres armados de carabinas se presentaron amenazando con la muerte á todo el que hiciera el menor movimiento.

Giuseppe sacó una pistola disparándola sobre el que tenía mas próximo; pero una mano robusta hizo variar la dirección del arma y la bala fué á perderse en el espacio.

Al mismo tiempo se vió sujeto por la espalda, y una voz fuerte y energética gritó:—

—«Ríndete ó eres muerto.»  
Giuseppe trató de resistirse desprendiéndose de los brazos que le sujetaban; pero se vió rodeado en un momento por los bandidos y atado fuertemente.

Lo mismo hicieron con todos los hombres que componían la comitiva.

Paoli era el único que lejos de obedecer mandaba. El había sujetado á Giuseppe.

Después dió orden para que los ladrones metieran en el matorral á los presos.

En cuanto á las mugeres les llevaron consigo no obstante sus lágrimas y su resistencia.

Al siguiente día Giuseppe y sus compañeros permanecían aún en el sitio donde los dejaron y un cazador los encontró sin que hubieran podido hacer el menor movimiento.

Giuseppe hubiera querido morir mil veces. En vano intentara romper sus ligaduras; cuando desataron sus brazos, la sangre brotaba en abundancia por las heridas, que aquellas le habían abierto al introducirse en la carne.

Había envejecido diez años en aquella sola noche. Puesto en libertad, dirigióse á la ciudad; contó lo sucedido á las autoridades, y pidió permiso para perseguir con sus amigos á los bandidos.

Este permiso le fué concedido, con mas un auxilio de diez soldados.

Lanzóse á los bosques, á las montañas, á los matorrales, á todos los sitios donde sus enemigos podían estar: conocía el país palmo á palmo, y nada le quedó por registrar.

Hacia un mes que no entraba en la quinta de su padre, y aquella vida agitada por un ardor febril, destruía su naturaleza rápidamente.

Giuseppe se sentía malo; pero no por eso disminuía el ardor en sus pesquisas. ¡Dios mio, decía, concededme la vida hasta encontrarle!

Una noche se hallaba en una granja, donde descansaba con su tropa.

El sueño huía de sus párpados, y su cabeza ardiente parecía un volcan.

Oyóse llamar suavemente á la puerta de entrada. Todos dormían y solo contestó el ladrido de un perro vigilante.

Los que esperaban con ansiedad, creían hallar á cada momento el medio para conseguir lo que anhelaban.

Giuseppe se levantó del jergon en que se hallaba tendido y fué á abrir.

Un hombre embocado en una manta y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, que le ocultaba el rostro, apareció en el umbral.

—«¿El señor Giuseppe? preguntó.»  
—«Yo soy, dijo este.»

—«Tomad entonces esta carta, que me ha sido entregada para vos.»

—«¿Quién es la ha dado?»  
—«Os contestaré, aunque me hayan encargado el silencio. Deseaba una ocasión de presentarme á vos; y esta carta del capitán Paoli, conocido en el país por Matiossi, me la propociona; leedla, que después hablaremos del servicio que puedo hacerlos si, como no dudo, sabéis ser agradecido.»

Giuseppe abrió la carta, que decía lo siguiente:—

«Querido primo: tu novia era bonita, y yo la pretendí; me despreció porque te quería, y conociendo que nada conseguiría buenamente, me decidí á esperar una ocasión para arrancarla de los brazos del hombre que me la robaba. Hacia ya algún tiempo que me hallaba al frente de una docena de valientes muchachos, y entre las muchas hazanas que con ellos había llevado á cabo, ninguna fué para mí de mejores resultados, que la sorpresa de dos tiernos esposos que saboreaban de antemano las dulzuras de una unión largo tiempo suspirada. Inútilmente me has perseguido: en mas de una ocasión te he tenido al alcance de mi carabina; pero no he querido librarme de tí, porque me reservaba una venganza mas dulce: quería devolvértela tu cara esposa: bastante tiempo ha estado en mi compañía, y como no soy egoísta, quiero que tambien disfrute de la tuya, ¿hay nada mas natural? Además, la pobre está tan delicada, que se me figura no ha de poder resistir por largo tiempo á tu felicidad. La mando con tu padre, para que muera al lado de su feliz esposo; no podrás quejarte; podía guardarla hasta el último instante; pero siempre me he preciado de generoso.»

Tu primo:—Paoli.»

Giuseppe sintió al leer esta carta, que las piernas se le